V

La driade, la hermosa ninfa de los bosques, entre los pliegues del tosco capuchón de arpillera, esperaba á su amador; é impúdica, como la inocencia, de la pierna desnuda y el seno, que ni la mano, ni el cabello velaban, á la curiosidad deshonesta y á la admiración ideal, ofrecía encantadores detalles, que la blancura lechosa del mármol suavizaba y espiritualizaba casi. Aburríase, quizá, porque tendía el cuello, como pájaro que se para á escuchar; demostrando impaciencia el brazo asomado por un desgarrón de la fea envoltura y la actitud del cuerpo, que parecía iba á saltar del pedestal y del taller huir en demanda de aquel que su tiempo y su inspiración la dedicaba.

El llegó, al fin, dió paso franco á la luz, abriendo las dos ventanas... y la ninfa sonrió, desceñido el capuchón, apareciendo en toda su hermosura, su candor y su gracia; revueltas en los cabellos amapolas, campanillas y otras flores silvestres, tras el fuerte tronco del árbol escondida. Tobi la contempló un instante, y lentamente dejaba caer sobre ella la arpillera; ¿descontento? ¿enfadado? ¿celoso? ¿celoso de que otros la vieran, de sacarla á la luz pública? ¿asustado también? ¿asustado de exponerla á la ferocidad de la crítica, de ofrecerla de carnada, la blanca driade de sus sueños, creada al soplo de su genio? Padre amoroso que presiente un peligro, cuidadosamente la envolvió; y en el banco de trabajo, á sus pies, donde pasara sus mejores horas para darle vida, sentóse tristón y amilanado, las manos ya ociosas... Entraban calurosas bocanadas por la ventana, y obscuros cúmulos de nubes cubrían del sol la cara centelleadora; hasta el taller subían los mugidos y relinchos de los nobles huéspedes del Remate,

el vocear de los mozos, el cimbrar de los tendidos toldos, el cercano rodar no interrumpido de los carros sobre el empedrado y el toque chillón de los tranvías; eco soberbio del trabajo retribuído, del pan bien ganado, del tiempo provechosamente empleado, de las fuerzas viriles á lo útil y á lo necesario sólo aplicadas, desafiándole siempre, en pugna constante con sus gustos y sus ideales. Día á día la lucha se renovaba al vestir la blusa y empuñar el cincel, pero de un aletazo poderoso la imaginación elevábase sobre las pequeñas miserias de la vida material, y ya no escuchaba rumor ninguno que le distrajera. Pero, ahora, en vísperas de la gran batalla, el zumbido de la colmena inmensa más le turbaba. Dió vueltas inciertas en el taller, descolgó de su clavo la manchada blusa y nuevamente la enganchó en él, apartó cubos que no interrumpían el paso, y los tiestos lozanos, regados generosamente la noche antes, roció en demasía, hasta derramar el agua terrosa por los bordes. ¿Por qué las palabras de

Simón Llano le quemaban aún las orejas, y en el vecino y general concierto parecíanle alertas de la razón que, á punto de extraviarse, se detiene y da el quién vive? ¿Por qué sentía rubor de sus manos perezosas?

Por una abertura del sotechado de cristales, vió cruzar á Nico el patio del Remate, con un lápiz tras de la oreja y un rollo de papeles bajo el brazo, regañando á los mozos y animándoles; y reaparecer á poco dando órdenes para la mejor disposición de las plantas que habían de subastarse más tarde, dividirlas en grupos, reunirlas en familias, y hacer colocar en redor y á lo largo las graderías de pino forrado de algodón encarnado. Él mismo ayudaba, á veces, se agachaba, arrastraba y movía los pesados bancos. Y de pronto, don Nicolás vino á decirle no sé qué, con muchos apuntes, que el mayor parecía desembrollar muy diestramente. Un campaneo formidable distrajo la atención de Tobi, y dirigiendo la vista á las vecinas torres, descubrió en la

de San Francisco á dos frailucos meneando furiosamente los badajos, mientras dos más, con largas cañas, urgaban en los palomares en busca de sabrosos pichones. Los nubarrones plomizos escapaban del lado del río, y el sol lucía más ardiente, reverberando en las aguas, en las pizarras, baldosas, azulejos y cristales de tejados y azoteas. Abajo, Nico terminaba su faena. Y como casualmente levantara la cabeza, vió á Tobi, y le hizo una seña de inteligencia, un «espérame, que tengo algo que contarte,» muy comprensible y elocuente. Desapareció, y el otro, intranquilo y con mayor rubor de que le encontrara ocioso si subía, se puso la blusa, descubrió la estátua, cogió el cincel.....

La escalerilla crujió, y Nico presentóse en la puerta del taller. Pero no avanzó un solo paso. La driade, la hermosa ninfa de los bosques, le sonreía tras del grueso tronco, enseñando sus desnudeces tentadoras de virgen impúdica. Tobi se adelantó y dijo á su hermano:

—¿Qué milagro es éste? tú en las alturas de mi nido.....

—¿Sabes—contestó Nico sin apartar los ojos de la ninfa—que es muy hermosa? Con estos trajines que uno se trae, no he hallado tiempo para ver tu obra... hermano! yo soy un topo en materia de arte, y no entiendo sino de las cosas de mi oficio; ¡pero te aseguro que me ha producido una impresión! ¡Permíteme que te felicite y te admire! y luego... ¡permíteme que te compadezca! Porque esto de sustraerse á la atmósfera general y aislarse en un tejado para cultivar oficio que no da dos cominos, es tanta abnegación como la de aquel santo de que nos hablaba el tío Tano cuando niños, que pasó la vida subido en una columna por ganar la gloria. Tú la ganarás también, pero.....

Acercóse á mirar á la ninfa, y no pudo resistir á la pícara tentación de palpar las bellas formas, sin que la otra diera muestras de enfado.

—¡Es hermosísima!—repetía—te digo

que me ha hecho una impresión, así, al entrar.....

Tobi, feliz, orgulloso de este homenaje de la ignorancia, la más difícil de sorprender y atraer, no hiriéndola violentamente en los oídos ó en los ojos, recobraba alientos.

—Pues, mira, un año de trabajo me cuesta, un año bien contado.

—¡Un año!—exclamó Nico.

Habló como negociante que era, con cifras y cálculos; chalán que ajusta una caballería, le puso precio al mármol, precio relativo, de acuerdo con la cotización del producto en el mercado, sumó, restó... ¡pero, señor! ¡si aquél era el negocio del sastre del Campillo! poniendo la materia prima y el trabajo, aun vendiéndolo al más alto precio y dinero *de contado* ¿qué le quedaba para equilibrar el presupuesto del año? ¡Vaya por Dios! ¡que esto de ser artista no es seguramente ninguna canonjía!

—¿Sabes—prosiguió—sabes cuánto nos hemos ganado tata y yo ayer en la *estan-*

zuela de don Salustiano? ¡cinco mil quinientos nacionales! ¡cinco mil quinientos! ¡en media hora y con cuatro gritos! Tú, en un año, con todos tus primores, no sacarás sino dos mil problemáticos, porque falta que te salga comprador. ¡Nada, que te compadezco, hermano!

Tobi plegaba las alas de nuevo.

—¡Sí, sí, es desconsolador! pero yo tengo la esperanza que, una vez expuesto el mármol, hable la prensa, conquiste mi público y un nombre, y hala... el camino ya será fácil.

Brutalmente, Nico soltó estas palabras:

—¡Que no, tonto! ni la prensa ni el público se ocuparán de ti; ¡buenos estamos nosotros para ocuparnos de estas cosas!

Y como el otro se sentara en el banco suspirón y cabizbajo, añadió el mayor que le traía nuevas de Gracia.

—De Gracia, sí señor, ¿qué abres los ojos y niegas con la cabeza que te importa lo que en Las Piedras hace la linda Sangilita? ¡te importa! sólo que has dado en negar que te derrites de amor por ella.

—¿Yo? ¿acaso tengo tiempo ni me cabe pretensión, dada mi pobreza y sin porvenir seguro?

—No sé, pero á ti te gusta: y no tienes mal gusto, ¡qué mujer! ¡qué ojos verdes aquellos enigmáticos! si dan ganas de asomarse para verles el fondo como en un lago sereno y transparente! mas no se le vería, de seguro. Gracia es insondable. La he visto ayer, hablé con ella buen rato, y todavía no sé qué pensar de lo que me dijo. A veces, juraría que te la pega con Pozuelo, y otras que tú la has flechado de parte á parte. Verás.....

¡Habían pasado un día más agradable en Las Piedras! primero en casa de don Salustiano, que, dicho sea en justicia, vivía allá con mayor holgura que en la capital, y hasta se había corrido, quizá con motivo de los proyectos matrimoniales que se le atribuían, en hacer reparaciones al caserón viejo, refrescar el mobiliario y mandar trazar por un Le Nôtre baratito un jardín incipiente. La *carne con cuero* que tenía prepa-

rada para animar al público del Remate, fué extraordinaria y se sirvió en la grata compañía de vinos argentinos, y sobre todo, dato precioso, de una sidra espumante disfrazada de champaña... Estaban todos gustando estas delicadezas, al pie de soberbios ombúes, cuando se presentó la vecina familia de Sangil, en el carricoche consabido, bajo el bonito toldo con flecos encarnados, Graciana tan bella, que á todos pareció la diosa Primavera en persona. Se la saludó con un ¡hurra! entusiasta, y la reunión animóse grandemente.

—Pues desde este punto y hora—continuó Nico—el don Salustiano no se despegó de ella, y venga de ofrecerle copas de aquella sidra mentirosa y detestable. Y ella aceptaba y no hacía ascos. Se bebió tres copas, y misia Estanisladita otras tantas, sin esperar á que se las ofrecieran, y el padre, el majestuoso don Pepe, que anda un poquito decaído por razón de la larga agonía de la viuda de N..., su amiga en

ejercicio, no quiso probar nada, é hizo bien. ¡Ah! otro dato precioso: llevaban á Loló, y daba pena y horror ver al animalucho en hociqueos con la encantadora niña. ¡Pícaro mono! ¡y cómo se aprovechaba de su condición, en aquel momento envidiable! Luego del almuerzo...

Luego del almuerzo se paseó un poco la heredad; Graciana del brazo de Pozuelo, naturalmente, y misia Estanisladita colgada del de don Nicolás, al que molió la paciencia contándole por menudo el descubrimiento milagroso de una cierta lanilla obscura, á cuadritos, tan regalada que parecía mentira; acabando por registrar la cartera y meter la muestra por los ojos á Montiel. Visitaron las cuadras, con todo el respeto y admiración que la aristocrática progenie caballar merecía, cuyo abolengo ilustre, *pedigree* que llaman para que se entienda mejor, ó fe de bautismo (y ustedes dispensen el modo de señalar) enumeró, historió y en pliegos con sello y lacre, auténticamente rubricados, llegó á presen-

tar don Salustiano, con el orgullo algo pedantesco de quien enseña las propias obras. Iba á su lado un inglesón con patillas tamañas, armado de una varita de mimbre, con botas de montar y gorra de jockey, el cual era algo así como el mayordomo ó primer chambelán de aquellos excelentísimos caballos, pues á su voz conocida:—*Duke of York*..... *San Martín*..... *Gladstone*..... *Lord Byron*..... *Prince Albert*..... *Walter Scott*... todos, príncipes, duques, lores y personajes, relinchaban unos, daban otros colazos de regocijo, erizaban las crines é hinchaban las narices. Uno de los concurrentes comprobó ¡oh pasmosa coincidencia! que *Lord Byron* tenía la pata coja, y esto fué tema para una disertación de veterinaria del mister de la varita de mimbre, en castellano enrevesado, el brazo y la colorada manaza apoyados familiarmente sobre las ancas relucientes de *Walter Scott*, disertación que don Salustiano tuvo á bien traducir al criollo común, para demostrar que aquello de la cojera de *Lord Byron* era

un accidente fortuito y sin consecuencias.

Y terminado el paseo, satisfecha la digestión y alegres los ánimos, dió principio don Nicolás á la subasta en una glorieta que cerca de las cuadras había; y para ello iba el mister de las patillazas, cogía del bozal al personaje, le traía al centro del círculo formado por la concurrencia, y allí le obligaba á hacer piruetas, de manera que todos le vieran y examinaran. El primero que se presentó fué el *Duke of York*, con tales corcovos y tales coces, que muchos se alarmaron de la principesca grosería; luego *Gladstone*, con todo el reposo de un hombre de estado... Pero quien alcanzó mayor precio fué la *Reina de Saba*, una yegua zaina, nerviosilla y ágil como una gacela. ¡Qué duelo, qué disputa, qué vocerío provocó la *Reina de Saba* en la pista! Don Nicolás enronqueció, y cuando sobre la palma de la mano izquierda descargó el martillito de marfil, nadie pudo saber el nombre del feliz poseedor de la hermosa reina.

Entretanto don Salustiano, sin perder

detalle de la subasta, en los oídos de Graciana derramaba las armonías de su voz de ganso amoroso.

—Yo no sé—decía Nico—lo que por lo bajo le contaría, pero te aseguro que ello no sería cosa desagradable para la Sangilita, porque contestaba con fruncimientos de labios, parpadear de los ojos verdes, arreboles pasajeros, risitas y tales monerías, que al mismo bicho feísimo, su Loló inseparable, podía disputar la palma en hacerlas. Estaba entonces tan convencido que te la pegaba con Pozuelo, que me decía: «He de contárselo á Tobi, para que no se exponga á un *bolsazo* seguro.» Pero, sigue prestándome atención, que te pasmarás: concluye el remate, se dispersan los concurrentes, y de pronto me veo á la Sangilita tan cerca de mí, que aquellas dos esmeraldas suyas luminosas me abrasaban, diciéndome con el mimo que tan bien sabe emplear cuando quiere: «¡Picarón! acabo de descubrirle; ¿por qué no ha venido á saludarme? ¿y Ubaldina? ¿por qué no ha traído á Ubaldina

y al Nene? Mal marido! padre cruel! amigo ingrato!» En fin, que me confundió; y yo que ninguna excusa le debía, le dí tantas y muy sinceras, que ella se sonrió con benevolencia. Se prendió de mi brazo y ya no me soltó en toda la tarde. Y aprovechando la oportunidad, á riesgo de ser impertinente, pasada la ligera escaramuza de cumplidos, la dije de sopetón, y sin rodeos, que había observado la buena marcha de los proyectos de Pozuelo. ¡Qué gesto hizo! ¡qué respingo dió! y de seguida, con una sombra de enfado, me respondió aquello de: «¿Pero usted que se figura? ¿yo con Pozuelo? ¿con... ¡qué esperanzas!»

Aseguraba Nico que su acento era tan convincente que, ó decía la verdad, ó era la más insigne comedianta del mundo. Y vuelta á hablar de Ubaldina y misia Bernarda, para venir á parar en la pregunta:—¿Y Tobi?... dicha con cierto dejo misterioso, con acento velado, por lo que en otra mujer podría ser emoción, y que en Graciana no se sabía á punto fijo lo que era.

—¿Y Tobi? Me han dicho que ha acabado ya *La Ninfa*, su obra capital.....

Del bloque inmenso de mármol sin labrar, poco á poco, bajo la mano diestra del escultor, lo mismo que del barro vil, cuando niña y hecha un pasmarote, asistía á la creación de seres y figuras de toda especie, había visto á la *Ninfa* surgir hermosísima; pero no la había visto terminada, ya pulida y con todo el acicalamiento necesario: así su deseo de visitar el taller era grande, antes que al público se expusiera la obra. Quería gustar la primicia artística, ser la primera en aplaudir, como había sido la primera en admirar el genio vigoroso de aquel buen amigo suyo de la infancia. Cuando estuvo en la calle de Bolivar á despedirse para Las Piedras, no estaba Tobi, y como éste acostumbraba á cerrar el taller, no pudo satisfacer su deseo: pero iría muy pronto, muy pronto, el lunes ó el martes:

—¿Hoy es domingo, ¿verdad? Pues mañana ó pasado haré expresamente el viaje pesadísimo de seis horas, nada más que

por la *Ninfa* esa que me quita el sueño.

¿Era la sidra? ¿el calor de las palabras, el brillo de los ojos, era simple juego de coquetería, efecto del pícaro licor, ó reflejo fiel de sensaciones no disimuladas? Nico, incrédulo y descortés, atribuía á la sidra aquella ventolera:

—Porque con tres copas del maldito brevaje—decía—se marea la cabeza mejor sentada.

Sincera y expansiva la Sangilita, la esfinge, á quien sólo el diablo podía entender, según su propia madre! Todo el parloteo de la tarde, el recordar de sucesos infantiles, el reiterar homenajes de admiración y afecto, el prometer de distinciones especiales, era música celestial, y nada más: mucho pico y corazón ninguno.

—¡Y si no lo crees tú así—concluyó Nico—peor para ti! De Gracia no debes fiarte; y sobre todo, no le mires los ojos, esos ojos verdes diabólicos, porque perderás el seso. Con que ya sabes que hoy ó mañana vendrá: ¡ten cuidado!.... Sí, sí, allá

voy, ya bajo... ¡Allá voy! ¡Qué trajín este!

En el patio del Remate un mozo de aquellos se desgañitaba:

—¡Señor don Nico, que venga usted!....

Y cuando Nico salía del taller, quejándose del condenado trajín á que se le sometía sin respiro, llegó un escribiente en su busca.

—¿Qué? ¿se quema la casa? ¡avisar á los bomberos!—exclamó el joven malhumorado.

Nada, que no podía él ausentarse un minuto.

Tobi se quitó la blusa, echó la arpillera sobre la estátua, y en la ventana nuevamente se apoyó, mirando á los frailucos de San Francisco zarandear los badajos de las campanas bullangueras, cual si anunciaran á los habitantes todos de la gran ciudad la nueva jubilosa: ¡Gracia va á venir!...

No vino Gracia ni aquel día ni el siguiente; pero el miércoles, como de sus habitaciones saliera don Cayetano en *silla gestatoria* (que así burlescamente decía él del paseo forzado que en hombros solía dar)

poco después de mediodía, y sosteniendo el sillón Tobi de un lado y José María del otro, oyóse grande estruendo en la escalera, portazos, chillidos femeninos, *chés* agudísimos y chaparrón de besos, que detuvieron la procesión, y lo que cierto corazoncito alarmado murmuraba, lo tradujo el clérigo al punto:

—¡Esa es Gracia! no puede ser otra que la revoltosa chicuela de Sangil.

Iba don Cayetano al taller, por ver la *Ninfa;* caso excepcional y solemne, pues sólo en dos ocasiones, y en razón de sus piernas inválidas, habíalo visitado... y añadió con ligera malicia, poniendo la mano sobre la cabeza del sobrino predilecto:

—¡Vamos, que no te quejarás tú de la función inaugural; público tienes, y selecto!

En esto, por el cabo del corredor apareció la comitiva de mujeres, como bandada de cotorras, hablando todas á la vez: Ubaldina con el Nene y Graciana y misia Estanisladita y la tía Bernarda; estaba Gracia remonísima, con falda azul, blusa de

seda floreada, cinturón de cuero y sombrerito de paja adornado con racimos de encendidas guindas: y lo mismo fué ver al clérigo, que correr á él y besarle la mano como hacíalo de niña:

—Señor don Cayetano, está usted como una rosa de primavera, da gloria.....

Allí se armó una de cumplimientos, que no se acabara en toda la tarde, si el Nene, aburrido, por coger la sombrilla de Gracia no se enfurece y patalea; y luego, á caballo sobre ella, abrió la marcha de la procesión, que siguió lentamente el corredor, entre el cotorreo alarmante de las mujeres, mientras el santo de las andas se quejaba:

—¡Ah! ¡Gracia zalamera! ¡qué he de estar yo para inspirar envidia á nadie! ¡si el día menos pensado me da el gran patatús y me quedo en él! ¿no observas esta cruel sofocación? ¿no ves estas piernas inútiles mías que tanto trabajo van dando á los que bien me quieren? te digo en verdad, hija, que sin el aguijón del deseo de ver la obra de este chico ya concluída, no saliera

de mi cárcel. Oye, Tobi, si estás cansado, párate, que no hay prisa.

Tobi contestó que no estaba cansado; pero muy encarnado estaba, no sé si por la fatiga ó la presencia de la turbadora Sangilita, que en jalearle se entretenía:

—¡Eh! cuidado el de las andas... adelante, ánimo... con otras burlas risueñas y oportunas.

Al pié de la escalerilla, demasiado estrecha para pasar de frente, bajóse don Cayetano, y ayudado de Tobi y de Gracia subió con tal fatiga, que en arrastrar los pies por los quince peldaños de aquel calvario se estuvo buen rato, hasta que la tía Bernarda gritó:

—Hijo, ¿por qué no le tomas en brazos?

Y á pesar de su corpulencia, Tobi le alzó y en un supremo esfuerzo le condujo arriba, y en el propio sillón, que subió José María luego, hízole sentar. El clérigo, exhausto, murmuraba:

—¿Ves, Gracia, hija? ¡qué viejo más inútil soy! sin los músculos de este muchacho

fornido, no llego, no llego. ¡Válgame la santísima Madre de Dios!

Estaba el taller muy barridito y fresco; los rosales de las ventanas le alegraban y perfumaban tanto, que misia Estanislada se dejó decir que pasara allí la vida muy á gusto. Pero el Nene, asustado de aquel fantasma envuelto en la arpillera, se puso á llorar desconsoladamente; y Tobi apresuróse á descorrer el velo... La driade apareció como evocación mágica. Fué asombro y pasmo de todos: los ojos se abrieron tamaños, las respiraciones se comprimieron, y sobre la piel cada cual sintió pasar el soplo del Arte, ese erizamiento delicioso de las profundas emociones. Nadie chistó. El Nene mismo quedó mudo. Y Tobi, apartado, estremecido de gozo y de orgullo, saboreaba su triunfo, seguro ya de dominar á la crítica fiera y al público desdeñoso, los dos monstruos que había de vencer, si no quería ser vencido. Los ojos de Gracia le buscaron, y enviáronle de lejos el testimonio de su admiración.

—¡Salud, maestro!

Al fin, la primera que habló fué misia Estanisladita, disparándose de esta manera:

—¡Jesús y el patriarca San José me amparen! ¿va usted á sacarla así tan ligera de ropa á la calle? ¡bien pudo ponerla *pollera* corta y tapar con un chal esas indecencias! francamente, la encuentro muy desvergonzada á esta señorita, que hace que se esconde detrás del árbol por no mostrarlas, y las enseña con un descaro... si yo lo sé, no dejo subir á Gracia, porque hay cosas...

—¡Mamá, cállate—dijo Graciana con disgusto—tú no entiendes de arte.

—¡Pero sí de moral!—repuso agriamente la señora.—Tobi, con el talentazo que tiene, ha podido sacar otra figura más presentable ¿verdad, Bernarda? ¿verdad, Ubaldina? ¿verdad, señor don Cayetano?

La tía Bernarda declaró, con franqueza, que ella no advertía si estaba la *Ninfa* desnuda ó vestida, sino su belleza incomparable; Ubaldina sonrió discretamente, y el